

LECTURA CONTEMPORÁNEA
DE JUAN MONTALVO

*El gobernante que no permite hablar ni escribir es tirano;
el pueblo que no puede ni uno ni otro, esclavo.*
Juan Montalvo

Por Xavier Michelena

Juan Montalvo (Ambato, 1832-París, 1889) es el escritor, periodista y filósofo más nombrado del Ecuador. Políticos, intelectuales, académicos, periodistas, profesores y estudiantes lo nombran con frecuencia, resaltan sus méritos, celebran sus aniversarios, declaran el 13 de abril –fecha de su nacimiento– Día del Maestro y le atribuyen expresiones como aquella de que «mi pluma lo mató», al enterarse del asesinato del tirano Gabriel García Moreno, acaecido el 6 de agosto de 1875.

Sin embargo, por paradoja de la historia podemos afirmar que Juan Montalvo es, al mismo tiempo, «el gran desconocido» de la cultura ecuatoriana. El pensamiento vivo, el genio del escritor y la influencia del pensador están en las páginas que escribió. Las obras de Juan Montalvo, sus libros, «brillan por su ausencia» en las librerías de Ecuador. Transcurridos 125 años de su muerte, el mayor de los escritores ecuatorianos todavía carece de una edición definitiva de sus obras completas.

A diferencia del cubano José Martí (1853-1895); de los argentinos Domingo Faustino Sarmiento (1811-

1888) y José Hernández (1834-1886) y del peruano Ricardo Palma (1833-1919), cuyas obras se estudian y reimprimen constantemente, contribuyendo a construir el futuro de sus respectivos pueblos, el legado de Juan Montalvo no ha tenido la misma fortuna, a pesar de la gran admiración que despertó su obra en maestros como Pedro Henríquez Ureña, quien afirmó: «La historia de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío y Rodó».

La magnífica prosa y la fuerza del periodismo de Montalvo, desperdigado en ediciones casi inaccesibles, están fuera del alcance de la mayoría de los lectores, que se ven forzados a prescindir de su contribución para pensar y configurar el futuro de la Patria. *Juan Montalvo periodista* tiene como objetivo aportar a reparar ese error histórico, al poner a disposición de los lectores ecuatorianos el legado del periodismo montalvino por medio de una exigente selección de su obra.

Lugar del periodismo en su obra

La dedicación y la práctica del periodismo recorren toda la vida pública de Juan Montalvo; a este oficio consagró sus mayores afanes y desvelos. La importancia del periodismo en su obra está dada por la significación y el número de sus escritos periodísticos: *El Cosmopolita*, *El Regenerador*, *Las Catilinarias* y *El Espectador*, constituyen el núcleo de su creación y representan alrededor del 70% del volumen de su obra, sin desmerecer el bien ganado prestigio de los *Siete tratados* y la creciente admiración que va captando su novela *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*.

Su producción periodística, que comienza en 1860 con la publicación de «Carta a García Moreno» –que

podemos considerar como su primer artículo-, se desarrolla a lo largo de toda su vida de escritor y termina con la publicación del tercer tomo de *El Espectador* en 1888, poco antes de su muerte en París en enero de 1889. Montalvo fue periodista por casi tres décadas, es decir, durante toda su trayectoria intelectual.

La obra periodística de Juan Montalvo continúa la tradición iniciada por Eugenio Espejo (Quito, 1747-1795) que, con la publicación de *Primicias de la Cultura de Quito* (1792), es el fundador del periodismo ecuatoriano, y también la de los ilustrados franceses autores de *La Enciclopedia*. De Espejo, y del escritor y periodista español Mariano José de Larra (1809-1837), toma la idea de un periódico escrito por un solo autor y también su vocación pedagógica, de educación popular. De Denis Diderot (París 1713-1784) y sus colaboradores incorpora el concepto de producir, por medio del periodismo, una enciclopedia coleccionable que tratara asuntos «misceláneos», útiles para la sociedad de su tiempo.

El Cosmopolita

Su primer empeño periodístico fue *El Cosmopolita*, cuyo primer número se publicó el 3 de enero de 1866 con el propósito de «escribir para el público, no para los partidos» y con una declarada vocación universal, que su nombre anunciaba: «Desde luego nos ha de ocupar la suerte del continente americano, sin que tengamos por ajenos a nuestro propósito los grandes acontecimientos de Europa y del mundo entero, si el caso lo pidiese».

El artículo que inicia el periódico, titulado «De la libertad de imprenta», constituye una verdadera profesión de fe en la función social y en la misión libertaria del periodismo. Desde el primer párrafo celebra a la imprenta: «El que en un pueblo encuentra establecida

la imprenta puede estar seguro de que llegó a una nación civilizada; el que ve un periódico en la tierra a donde le llevó la suerte o el acaso cuenta con que tiene que haberlas con hombres ilustrados».

Juan Montalvo es radical en la defensa de la libertad de expresión: «El gobernante que no permite hablar ni escribir es tirano; el pueblo que no puede ni uno ni otro, esclavo».

Su pensamiento establece relaciones de correspondencia entre las libertades, subrayando la necesidad de su integración y el riesgo político de su dispersión: «La libertad del pensamiento ha constituido siempre la libertad política; y estas dos libertades por maravilla no habrán traído consigo la libertad civil, grupo adorable y seductor como el de las Tres Gracias. A medida que el absolutismo toma pie las tres libertades se separan: cuando descuella con todas sus fuerzas, cuando oprime con cien brazos, como dice Montesquieu, no deja sombra de ellas, bórranse, destrúyense, el lienzo queda limpio para recibir la imagen del tirano».

El periodismo encarna, en el pensamiento de Montalvo, la voz del pueblo. Por eso, «el primer cuidado de los tiranos ha sido en todos los tiempos ahogar la voz de los oprimidos, aniquilar el pensamiento público». El mejor antídoto contra el despotismo y el abuso de poder es el periodismo y su correlato: la libertad de prensa.

Según Juan Montalvo, «el gobierno tiene en la prensa un censor, poderoso por lo que en ella hay libre y autorizado: la prensa es el *de aquí no pasarás* de los gobernadores, de los ministros, del monarca y aún del poder legislativo».

Para Montalvo el periodismo no sólo fue un oficio al que consagró sus mejores y más largos años, sino una

vocación ética, un compromiso con el destino de la Patria. Ejercer el periodismo, escribir, fue una forma de vivir, de comprender el sentido de su existencia en sociedad y de cumplir su destino de hombre público. El impacto que causó la publicación de esta serie en un Quito todavía cautivo de un ritmo colonial fue tan fuerte que su autor empezó a ser conocido como el *Cosmopolita*.

A lo largo de los nueve números de *El Cosmopolita*, publicados entre 1866 y 1869, su redactor abordó temas internacionales, crónicas de sus viajes, artículos de opinión en los que, con intransigencia, defendió las libertades civiles y polemizó con sus adversarios políticos, entre los cuales distinguió la jerarquía de Gabriel García Moreno. También trató temas de actualidad en esos años como la discusión en torno a la posible construcción del Canal de Panamá y la Triple Alianza contra las amenazas de España. Desarrolló a fondo asuntos políticos como el republicanismo, la democracia, el liberalismo, la tiranía, la politización de la justicia, los derechos de la mujer, la censura y el destierro. Reflexiones sobre las artes, traducciones, cuadros de costumbres y encuentros con personajes notables fueron parte de los contenidos de esta publicación.

El Regenerador

El Regenerador, editado entre 1876 y 1878, fue su siguiente gran empeño periodístico, del que alcanzó a publicar 12 números. Al comienzo del primero declara que «el programa de *El Regenerador* no puede ser sino el de *El Cosmopolita*, puesto que los religiosos son de la misma orden». Pocos párrafos más adelante define su política editorial: «Razón, valor, progreso, está será en tres personas nuestra divinidad política». Los temas, el

estilo y la tónica de los contenidos son semejantes a los de *El Cosmopolita*: crónicas de viajes, artículos conmemorativos, análisis político acerca de las leyes promulgadas por García Moreno, el sistema electoral, la pena de muerte y la clase militar, entre otros.

Una serie de cuatro artículos titulados «Lecciones al pueblo», publicados en *El Cosmopolita* número 4 y en *El Regenerador* números 1, 2 y 3 contienen lo que podría describirse como el pensamiento social de Montalvo. Esta forma de publicación por partes no solo revela la continuidad del pensamiento de Montalvo, sino también su confianza en la función pedagógica del periodismo, concepto en el que coincide con José Martí y Domingo Faustino Sarmiento.

Las Catilinarias

A pesar de los logros estéticos y políticos de *El Cosmopolita* y *El Regenerador*, estas dos series periodísticas, por momentos, parecen una preparación para acometer la gran obra del periodismo político de Montalvo: *Las Catilinarias*. Los doce números publicados entre 1880 y 1882, en la imprenta La Estrella de Panamá, suscitaron la admiración del filósofo español Miguel de Unamuno (Bilbao, 1864-1936), quien afirma: «Fue la indignación lo que hizo de lo que no habría sido más que un literato con la manía del cervantismo literario, un apóstol, un profeta encendido en quijotismo poético; es la indignación lo que salva la retórica de Montalvo».

Montalvo fue profeta de las libertades, defensor de la república, de la democracia y de la razón. Sí, fue la indignación ante el grotesco abuso de poder protagonizado principalmente por Ignacio de Veintemilla (Quito, 1828-1908), pero también por Antonio Borrero

(Azogues, 1827-1911) y José María Urbina (Píllaro, 1808-1891), la que incitó a Montalvo a escribir esos insultos que asombraron a Unamuno, quien confiesa que «iba buscando los insultos tajantes y sangrantes. Los insultos ¡sí! Los insultos; los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo».

Pero *Las Catilinarias* –escritas durante su exilio en Ipiales– no se reducen a insultos vibrantes y demoleedores, destinados a destruir la imagen del déspota y a incitar a un resignado pueblo a liberarse de su opresor. *Las Catilinarias*, cuya publicación fue financiada por el caudillo liberal Eloy Alfaro (Montecristi, 1842-1912), son una síntesis brillante del pensamiento político de Montalvo, regido siempre por la libertad como valor supremo, como condición básica de la existencia del hombre. La libertad es posible por la acción conjunta de la igualdad, la razón y la civilización. El pueblo es el origen del poder y la sátira política de Montalvo se dirige al pueblo para provocar y persuadir, para suscitar una reacción que reivindique la dignidad del pueblo ecuatoriano.

El Espectador

Los tres tomos de *El Espectador*, publicados entre 1886 y 1888, fueron la obra final de Juan Montalvo. Con ellos cerraba la tarea periodística que había desempeñado por casi tres décadas y que constituye su más valioso legado a las generaciones futuras. A diferencia de *El Cosmopolita* y *El Regenerador*, publicados en Ecuador, y de *Las Catilinarias*, que lo fueron en Panamá, *El Espectador* se imprimió en París bajo el cuidado personal de Juan Montalvo.

La obra periodística contenida en estos tres tomos es representativa del mejor Montalvo: versátil temática-

mente, atento al acontecer universal; de estilo ágil y cautivador, derrocha talento en sus historias y con habilidad se convierte en un atractivo divulgador. Toda la experiencia y el oficio acumulados convierten a estos artículos en los más cercanos para el lector actual.

Juan Montalvo compuso *El Espectador* teniendo en mente el periodismo de alto vuelo escrito por Joseph Addison (1672-1719) y publicado entre 1713 y 1719 con el título de *The Spectator*. En el primer artículo del tomo primero, Montalvo establece su relación con la tradición del autor inglés: «Addison publicaba en Londres una hojita diaria sin enlace de ningún género. Idea que le ocurría la ponía por escrito; y así hoy era un asunto filosófico, mañana un tratado de política; al día siguiente una anécdota de costumbres; de tal suerte que los sucesos de la vida, sin método ni consecuencia, iban en caprichosa alternación entre la historia, las nociones científicas, las buenas letras, los viajes, y todo lo que forma el globo de nuestros conocimientos en ese desorden armonioso que constituye el paso del mundo».

Más adelante, Montalvo reconoce la influencia de uno de sus escritores más admirados, el ensayista francés Michel de Montaigne (1533-1592): «En los *Ensayos* de Montaigne nada hay seguido... Egotista desafortunado, ese gascón sin escrúpulos pasa con admirable desparpajo de la historia romana a sus enfermedades personales, de la cumbre del Parnaso a las ocurrencias de su casa».

Según Montalvo, la confluencia de su obra periodística con la de Addison y Montaigne está determinada porque «cumplen con el precepto de enseñar deleitando, porque siempre deleitan y nunca dejan de enseñar», que es la formulación más precisa de su búsqueda de escritor desde los años en que publicaba *El Cosmopolita*. Montalvo –como buen periodista– escribía pensando en

los lectores, en la utilidad de sus artículos, pensaba que «un libro en el cual toda clase de lectores halle alimento, puede llegar a ser libro de todos». Allí está Juan Montalvo de cuerpo entero: el humanista, el libertario, el demócrata, el periodista comprometido con el destino de su pueblo. El periodista que, artículo por artículo, fue construyendo una de las obras más admirables –ética y estéticamente- de la cultura hispanoamericana.

Juan Montalvo estuvo convencido de «que el periódico, tal como lo usan los filántropos, los sabios, los patriotas, los amigos de la libertad, los hombres justos, es uno de los descubrimientos más útiles de estos siglos y una de las victorias de la inteligencia». Ese es el origen de la fascinación de Montalvo por el periodismo y, también, el de su dedicación a este oficio tan cuestionado en los días que corren.

El periodismo, según Juan Montalvo

La obra periodística de Montalvo está guiada por tres principios fundamentales. La libertad es el esencial; por su naturaleza, el periodista está comprometido con la lucha por la vigencia y la difusión de las libertades, en sus manifestaciones de libertad política, económica, de pensamiento y de expresión.

«Enseñar y deleitar» es el segundo principio fundamental. Juan Montalvo lo toma de sus autores más admirados: Michel de Montaigne, Joseph Addison, Jonathan Swift y Mariano José de Larra, entre otros. El periodismo para Montalvo se descubre como una herramienta didáctica, idónea para educar al pueblo en valores de libertad y democracia, pero también para ilustrarlo en temas de historia, de ciencia o de arte. Pero, a la vez, el periodismo debe deleitar a sus lectores. En este aspecto en Montalvo se destaca níti-

damente su estilo apasionado, cuidado y potente literariamente, que cautivó y sigue cautivando a sus lectores. En muchas ocasiones comparte su afán por encontrar la palabra justa, la ortografía correcta, el arcaísmo deslumbrante.

En este aspecto, Montalvo coincide con el periodista y escritor argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), quien destaca el potencial pedagógico de la prensa: «Por el diarismo, en fin, el pueblo antes ignorante y privado de medios de cultura, empieza a interesarse en los conocimientos y gustar de la lectura que los instruye y divierte, elevando a todos el goce de las ventajas sociales, y despertando talentos, genios e industrias que sin él hubieran permanecido en la oscuridad».

«La prensa es el *de aquí no pasarás*» para el poder. El tercer principio fundamental está contenido en la fórmula acuñada por Montalvo, que expresa con claridad la función social que le asigna al periodismo como expresión de la sociedad civil: fiscalizar al poder, criticar y exigir la rendición de cuentas de los políticos y funcionarios que ejercen el poder por delegación del pueblo.

Además de estos tres principios fundamentales, Juan Montalvo a lo largo de sus páginas va construyendo un perfil del periodista. Afirma que «la profesión de polemista es una de las más duras y peligrosas», para enseguida subrayar que «ha de saber mucho; ha de ser audaz, tenaz, valiente», pero sobre todo ha de ser apasionado para «arrojarse a la contienda política, religiosa o literaria». Para Montalvo polemista es sinónimo de periodista. Acerca del estilo, sostiene que «ha de ser brillante colorido, simple en la forma, claro en la exposición de las ideas, exacto en el cálculo, atrevido en el razonamiento y variado en el tono». También advierte que «el polemista, de cualquier condición que

sea, tiene muchos aborrecedores, muchos enemigos; es el blanco de muchos tiros alevés». Y que, sin el trabajo apasionado y peligroso del periodista, «muchos tiranos se habrían reído de los pueblos, muchos ministros criminales se habrían quedado impunes».

La valoración del oficio de periodista lleva a Montalvo a afirmar que «los escritores generosos y valientes son víctimas voluntarias que se ofrecen a los altares de la civilización y de la patria».

La entrevista

Aunque Juan Montalvo no fue un asiduo practicante de este género periodístico, lo consideró uno de los más modernos y versátiles de su tiempo. Se lamentaba que en los países andinos no se conociera aún qué era «el *interviewer*, el repórter». Con sentido del humor lo describe así: «Pregunta lo que le da la gana, obliga a decir lo que uno tiene quizá reservado para el confesionario, pone por escrito lo que ha oído, y ¡zas! al periódico esa misma noche, para que lo sepa el mundo entero».

Montalvo fue consciente del carácter incisivo, acometedor de la entrevista; era un instrumento útil para que el periodista pudiera mostrar a sus lectores informaciones, gestos, actitudes y ambientes que de otra manera no se podrían conocer. Pocos personajes se resistían a la seducción del nuevo género y el entrevistador tenía, casi siempre, las puertas abiertas.

Agudo observador, Montalvo cuenta a sus lectores «cómo se verifican las entrevistas de los *interviewers* y los *intervieweds*, esto es, en castellano, de los entrevistantes y los entrevistados». Describe el ambiente, los gestos del entrevistador. Ironiza con gracia sobre la importancia de los contenidos y afirma con sorna: «Los que quieren ser hombres grandes y hacer ruido en el

mundo, no tienen más que venir a París y darse maña en ser *interviewados* o entrevistados; que luego sus nombres saldrán campando en los periódicos principales de la capital de Francia».

La crónica

Mariano José de Larra, Juan Montalvo y José Martí son los fundadores de la crónica periodística moderna en español, pues si bien la crónica en lengua inglesa tenía ya una trayectoria, en España y la América española su desarrollo era aún incipiente. Larra en España y Montalvo en América –los dos escritores del romanticismo– son los fundadores de la moderna crónica periodística. En el caso de Montalvo, el alto nivel literario de sus crónicas y su personalísimo estilo lo ubican como precursor del movimiento modernista, quizá la expresión literaria distintiva de los pueblos hispanoamericanos.

Mariano José de Larra comparte con Montalvo su inclinación por la sátira como un recurso idóneo para criticar al poder. Afirma Larra: «Somos satíricos porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas a la perfección posible de la sociedad a que tenemos el honor de pertenecer».

Para Juan Montalvo, la crónica por su naturaleza de género mixto: fusión de periodismo y literatura, es el género que mejor se acomoda a uno de sus objetivos capitales «enseñar y deleitar». Su estilo caracterizado por la plasticidad de sus descripciones, la incorporación de elementos del mundo clásico, el ritmo inimitable de sus frases y su vasto vocabulario, tiene en la crónica un amplio cauce para desplegar todas sus seducciones. Al mismo tiempo, su afán por educar, por participar del debate público, por orientar al pueblo,

encuentra en la crónica un instrumento flexible para abordar gran variedad de temas, desde un torneo galante, pasando por las últimas novedades científicas acerca del universo, hasta los vicios del poder judicial o la condición de la república en América.

La vida y la devoción por el oficio de escribir establecen una red de correspondencias entre Juan Montalvo y José Martí. Los dos vivieron exiliados por razones políticas, Montalvo en París y Martí en Nueva York, de modo que la extrañeza por el solar natal es una presencia constante en sus obras. Su amor por la palabra orientó su trayectoria vital, se concibieron a sí mismos como escritores por sobre cualquier otra definición y encontraron en la crónica periodística un territorio de confluencias entre la literatura y el periodismo. Las crónicas de Montalvo inauguran el género y son precursoras del modernismo literario; las de Martí representan la culminación y uno de los momentos más altos de la crónica y del modernismo hispanoamericano. La mayor parte de la obra de Martí y Montalvo es periodismo, quizá por eso la crítica no ha dedicado la atención necesaria a esta parte fundamental de su obra; sin embargo, hay que señalar que el cubano ha sido más afortunado que el ecuatoriano en cuanto a la atención crítica recibida.

El poeta cubano Gastón Baquero celebra la relación entre el estilo de la prosa de Montalvo y Martí y lo prolonga como un legado a Gabriela Mistral (Vicuña, Chile, 1889-1957): «tómense tres textos, nada más que tres: el *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos*, de José Martí, el *Buscapié* de Montalvo, y la prosa de Gabriela sobre *La lengua de Martí*, y léanse en este orden: Montalvo, Gabriela, Martí, y se tendrá la misma visión que nos da el sol al mediodía, o la resonancia del viento sobre la

cima de una cordillera. Los tres estilos construyen el órgano soñado por Juan Sebastián Bach. Órgano y flauta para que cante y llore, medite y ría la gente americana. Ellos son los señores, los conquistadores, los monarcas de la palabra».

La crítica literaria

La literatura fue una de las pasiones dominantes en la vida de Juan Montalvo. Desde sus primeros años se esforzó por conocer la literatura de su tiempo. Después de su paso por la universidad, dedicó gran parte de su tiempo a leer los clásicos griegos, latinos y españoles. Su frecuentación de la obra de Diógenes, Aristóteles, Platón, Plotino, Apuleyo, Plutarco, Catón, Catulo, Cicerón, Quevedo, Cervantes, Chateaubriand, Lamartine, Víctor Hugo y Montaigne, entre otros, le otorgó un conocimiento inigualable de la literatura clásica, de la ilustración y del romanticismo, especialmente francés.

Su formación autodidacta fue, a la vez, su mayor fortaleza y su debilidad. Su familiaridad con los clásicos le facilitó emprender obras originalísimas, como los *Siete tratados y Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, pero esa misma cercanía con el mundo clásico fue un impedimento para una lectura desprejuiciada de la literatura de su tiempo. Sus largas estancias en París le pusieron en contacto con la obra naturalista de Émile Zola (París, 1840-1902) y con el romanticismo tardío de Gustave Flaubert (Ruan, Francia, 1821-1880) a los que se opuso más por razones éticas que estéticas. Desdeñó, quizá por ser un republicano convencido, la lucha de clases impulsada por Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865) —a quien conoció personalmente—, Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895).

Dueño de un impresionante bagaje cultural y en

concordancia con su comprensión del periodismo, para Montalvo fue natural ejercer lo que hoy conocemos como periodismo cultural y, con más precisión, como crítica literaria.

La crítica más radical la ejerció contra el naturalismo, movimiento literario al que reclamaba que: «Si el naturalismo es el arte de escribir según la naturaleza y de presentar las costumbres de los hombres y los pasos de la vida como ellos ocurren, yo no alcanzo la necesidad de presentarla siempre por su aspecto desdichado y criminal». Montalvo puso siempre por delante el idealismo, al punto que doña Emilia Pardo Bazán –escritora naturalista y amiga cercana de Montalvo– lo llamó «rabioso idealista». Don Juan, siempre dispuesto a la polémica, respondió: «somos los idealistas, con rabia y todo, quienes estamos en potencia de descubrir el secreto de la felicidad humana y las puertas sagradas de los otros mundos». La ironía, uno de sus recursos favoritos, acude para matizar sus opiniones: «Los naturalistas no enseñan expresamente el suicidio; pero no hay duda en que la literatura se despuebla con ellos...».

Su lectura de *Madame Bovary*, novela publicada en 1857, es un retrato cabal de cómo sus convicciones le impidieron comprender la literatura de su tiempo: «Madame Bovary rindiendo homenaje al vicio en el zaguán de su casa; dejándose caer infamemente en el camino al pie de un árbol, a mediodía; glorificando a cada instante el adulterio con una nueva corona». Montalvo no resiste preguntar: «¿Qué aprende la esposa honrada en este libro? (...) Todos los personajes son bajos o perversos; ni un solo carácter elevado, menos grandioso ni sublime». La razón de esta lectura prejuiciada de Flaubert, en este caso, es que Montalvo nunca abandonaba sus convicciones: «Enseñar deleitando,

deleitar enseñando, no son virtudes de las obras que más fama tienen hoy en... París».

«Cuando el periodismo alce la voz», conclusiones

Don Juan –como le gustaba que lo llamasen– fue periodista a tiempo completo y a plena conciencia de lo que su vocación implicaba. Para Montalvo, periodismo era sinónimo de libertad, democracia y razón. Como ha sucedido con muchos de los grandes de su tiempo: José Martí, Rubén Darío, Domingo Faustino Sarmiento y José Enrique Rodó, el desinterés de la crítica por la obra periodística de Montalvo ha afectado su difusión, estudio y valoración.

Sin embargo, una lectura atenta del Montalvo periodista lo descubre como el más contemporáneo de los clásicos ecuatorianos. Mediada la segunda década del siglo XXI, la voz potente y corajuda del «Cosmopolita», resuena en la conciencia de los ecuatorianos, instándolos a luchar por la libertad, la democracia y la civilización.

Don Juan tenía la convicción de que «cuando el periodismo alce la voz, cuando la imprenta eche de sí rayos que aterren a los tiranos, cuando todos aprendamos a respetarla, adorarla y practicar su culto activamente, entonces diremos que somos libres e ilustrados: mientras no escribimos somos ignorantes y bruscos hijos de la naturaleza; mientras no nos dejan escribir somos gañanes clavados al terrón: la libertad mora en la imprenta...».

«Rabioso idealista», le diría la Pardo Bazán. Ese es el Juan Montalvo de cuerpo entero, el que suscitó la admiración de Unamuno y Valera en España y en América de Henríquez Ureña y Martí –quien, según cuenta Roberto Agramonte, tenía a mano en su despacho de Nueva York las obras de Montalvo. Jamás acep-

tó otra cosa que la libertad como premisa de la vida en sociedad. Prefirió el exilio a la censura o al silencio acomodaticio. Durante más de tres décadas hizo periodismo político. Sí, político, porque cuando escribía una crónica, un artículo, un ensayo, una crítica, una traducción o hacía una entrevista o contaba una historia, tenía siempre presente su lema «enseñar y deleitar». Enseñar a vivir en libertad, en democracia, con dignidad. Compartir la civilización, es decir, la ciencia, el arte y el pensamiento, fue su mayor satisfacción.

Trascurridos 125 años de su muerte, el mejor tributo que los ecuatorianos podemos rendir a Juan Montalvo es volver a leer sus obras, actualizar su pensamiento, admirar e imitar su conducta y «alzar la voz» para defender de los déspotas de turno la libertad, la democracia y la razón.

La apreciación que Guillermo Cabrera Infante hace de José Martí, bien vale para nuestro Juan Montalvo: «Aunque Martí fue muchas veces un escritor político, el tiempo ha demostrado que era eso: primero escritor, luego político y aun cuando su escritura es obviamente política, vibra con una trascendencia que nos hace creer que su autor, José Martí, apuntaba más lejos –de hecho a nosotros que vivimos a casi un siglo de su muerte, que creemos que la política suele ser el último refugio del pícaro y la primera vocación del vivo. Sabemos que si no hay una historia de la política (los políticos tratando de refugiarse en la historia), siempre habrá una historia de la literatura. Es en ella que está fijada toda la prosa de Martí». Y, por supuesto, también la de Don Juan Montalvo.